

MARCO MARTOS CARRERA

***CORPUS BARGA: VOLAR COMO ANDAR, LA QUIMERA
DEL HOMBRE LIBRE***

Resumen

Con el título de artículo se quiere resaltar la actividad vital de Corpus Barga que convino sus aficiones profundas al periodismo, la literatura y la aviación, hasta el punto de convertirse en un caso único en la historia española del siglo XX. Se señala también la importancia de su relación con el Perú y con la Universidad Nacional Mayor de San Marcos.

Palabras clave

Corpus Barga; periodismo; literatura; aviación.

A fines de los años sesenta del siglo XX, en los patios de la Facultad de Letras y Ciencias Humanas de Universidad Nacional Mayor de San Marcos, era usual ver caminar a un caballero de modales caninos y mirada vivaz que iba conversando con una multitud de estudiantes que pululaban a su alrededor. Era costumbre de esos años que eso ocurriera con los profesores, pero ni siquiera con los mejores pasaba con tanta frecuencia como con Corpus Barga, que así se hacía llamar el señor que describimos. Platicar, dar palique a todos, era su especialidad en esos años, como lo era escribir incansablemente y parlotear sin prisa y sin pausa en los cafés de todas las ciudades del orbe que había frecuentado, principalmente París, Madrid, Roma, y Lima, ciudad de sus amores de otoño, antipática a veces por sus nieblas, querida por sus tertulias, por el cadencioso hablar de su gente, por la avidez de conocimiento de los estudiantes.

—Ha viajado en zepelín— decía uno.

—Entrevistó a Hitler y Mussolini— exclamaba otro.

—Es un republicano español de la época de la guerra— completaba un tercero.

—Es un novelista de polendas— comentaba un conocedor.

—Maneja el idioma como los dioses— pontificó un profesor.

—Pocos lo conocen— alegó un aguafiestas.

—Es que ha escrito sobre todo en periódicos y revistas.

¿Quién lee un diario después de algún tiempo de su aparición?

—¿Y recopilaciones de sus artículos ¿no hay?

—Pronto a alguien se le ocurrirá y se publicarán sus novelas y sus memorias.

Lo curioso es que todo lo que se decía era verdad. Y con el transcurrir de los años ocurrió lo que anunciaba ese vaticinador.

Andrés Rafael Cayetano Corpus García de la Barga Gómez de la Serna nació en Madrid el 9 de junio de 1887, en el día que se celebraba la fiesta de Corpus Christi. Llevar a cuestras tantos nombres y apellidos de campanillas era fardo pesado para un periodista republicano y escogió como nombre de guerra el de Corpus Barga, apelativo que se convirtió en la mejor manera de identificarlo. Nieto de Pedro Gómez de la Serna, ministro de Espartero que trasladó la universidad complutense de Alcalá a Madrid, jamás utilizó sus lazos familiares para obtener prebendas o puestos públicos.

Mariano Ansó, quien fue ministro de Negrín, contaba lo siguiente:

“Su rasgo más curioso fue su independencia de toda clase de poderes, incluso en los días propicios de la República. Otra característica de su robusta personalidad fue su elegancia espiritual e incluso física, en medio de las situaciones más extremas.

Hubo en su porte siempre algo de aristocrático, heredado sin duda de sus mayores y del medio social en que se desarrolló su

infancia (...) A pesar de estos antecedentes familiares tan alejados de su ideología, su vida pública, entendiéndolo por tal su oficio de escritor, fue una línea recta sin rodeos ni contemplaciones. Jamás que yo sepa aspiró a un cargo público ni a una prebenda, a la que con tanta facilidad se acogían otrosseudorrevolucionarios decadentes” (Corpus Barga 1997: 24).

Más allá de alguna incongruencia al final del texto, lo dicho por Ansó es una verdad maciza que bien se compadece con manifestaciones de muy diversos testigos de ese tiempo.

Corpus Barga empezó como poeta. ¿De qué otra manera se podía comenzar en ese tiempo? No debieron ser muy afortunados los versos de *Cantares* que así se llamaba el libro aparecido en 1904, pues el autor decidió desaparecer todos los ejemplares. Ramón Gómez de la Serna, sobrino de Corpus Barga, quien más tarde alcanzaría su propia fama, escribió que el libro era interesante, disparatado, audaz. Solo dos años más tarde, en 1906, Corpus entregó a la imprenta su *Clara Babel*, texto de relatos que ya lo pintaba de cuerpo entero. El anarquismo se mezclaba con ideas anticlericales y reformistas, Corpus Barga se mostraba como un lector de Azorín y del Pío Baroja de *Camino de perfección*. Si alguien le hubiese preguntado ¿usted perteneció a la generación del 98? No, habría sido la cortante respuesta de Corpus, pero los conocía a todos, hubiera agregado, suavizando la voz.

Pocos en la madurez de Corpus Barga podían adivinar que la profesión que empezó a estudiar fue ingeniero de minas, por voluntad expresa de su padre, algo asombrado por las veleidades anarquistas de su vástago. Más atractivas que las clases eran las tertulias en el café de Levante donde concurrían Pío y Ricardo Baroja, Azorín, Ramón del Valle Inclán, conversaciones que más tarde se trasladó en cierta medida a París, con los mismos y con otros contertulios. Eso ocurrió hacia 1910. A partir de ese momento y hasta su muerte, Corpus Barga fue un periodista y así hay que reconocerlo. Periodista de la raza de los que viven en las imprentas, de aquellos que gozan cada día en el procesamiento del periódico, desde las reuniones para decidir los

editoriales, el reparto de comisiones a los periodistas, el bullicio de la tarde con la entrega de artículos y notas, el olor a tinta fresca del primer ejemplar en horas de la alborada. Se sucedieron entonces los viajes, las idas y vueltas a París, las visitas a Londres, a Roma, las colaboraciones en distintas publicaciones. En 1914, estando en Francia, recibe la noticia de la muerte de Rafael, su hermano, a quien mucho quería. Por aquel entonces trabajó en la redacción de una enciclopedia con Sacher Masoch, hijo. Escribió, recordando ese tiempo:

“Los enciclopedistas de París trabajábamos concienzudamente. Al cabo de seis meses no habíamos salido de la letra A. Hubiéramos llegado a viejos alimentándonos con la flora y la fauna de las Américas. Nos comíamos también con mucho gusto los minerales, bebíamos con delicias el petróleo, pero los más nutritivos eran los poetas, los oradores, los generales, todos los personajes de la historia y de la literatura, los artículos dedicados a ellos debían ser los más extensos y, por lo tanto, los mejor pagados. (...) La vida era fácil entonces, en París, para el que renunciaba a lujo de las apariencias y de los sentimientos obligados. Sin familia y sin sentimientos sociales, cierta clase de hombres a quienes se les llamaba ibsenianos, nieztscheanos o anarquistas, podían llegar a satisfacer sus gustos con facilidad. En lo que aún quedaba de Montmartre y del Barrio Latino se despreciaba al que trabajaba para ganar más de lo que gastaba”. (Corpus Barga 1997: 35).

Entre los personajes que entonces conoció figuró Henri Bergson quien le escribió esta nota:

“Señor:

Preparé una carta que por error no le fue enviada: eso le explicará la tardanza en proponerle un encuentro. Como le explicaba a mi colega, el señor More-Fatio, recibiré con mucho gusto vuestra visita. ¿Quisiera venir el próximo miércoles primero de marzo a las dos de la tarde?

Créame, le ruego, que tengo por usted los sentimientos más distinguidos.

H. Bergson (Ibidem. Traducción de MMC)

Por entonces Corpus Barga ya había definido el estilo acre, punzante, que caracterizaría a su escritura lo largo de su vida. Escribe en 1915:

“Pues bien, yo creo que soy un señorito madrileño, pero me parece que soy un hombre negativo. No lo digo por modestia. No soy cero. Soy uno y en lugar de ser +1 soy -1. Para acabar de presentarme de un modo matemático hago observar que la primera raíz, esto es raíz cuadrada de -1, resulta la expresión de cantidades imaginarias puras, pues no hay ninguna cantidad que multiplicada por sí misma produzca -1.

Precisamente porque no soy un hombre afirmativo, porque no estoy satisfecho de mí mismo ni de los demás, porque me he propuesto el problema de la fatalidad española y del libre albedrío, es por lo que empiezo a escribir estas confesiones suscitadas ante el espectáculo de Francia, visto desde París”. (Op. cit.:36).

Fue en esta época que Azorín le pergeñó: “Usted tiene frescura escribiendo y rasgos originales. ¡Cómo que es una lástima que no escriba otra cosa además de periodismo!”¹

Cuando contaba 31 años, en 1918, se casó con Marcelle Trannoy, quien sería madre de sus dos hijos Rafaela y Andrés y sería su compañera toda la vida. Sin embargo ese matrimonio tuvo, como casi todas las uniones, algunos nubarrones. Por lo menos eso puede deducirse de este fragmento de una carta que ella le dirige en francés el 6 de mayo de 1936, en vísperas de la guerra civil y que hemos traducido en esta ocasión:

“¿Por qué no escribes? He recibido tu telegrama de Viena, con una palabra incomprensible, además. Te he escrito cuatro cartas a París. No sé por qué no las has recibido. Pero aunque no te hubiera escrito, me parece que eso no tiene ninguna importancia y

¹ Corpus Barga. *Contando sus pasos*. Pretextos, Valencia, 1997, p. 24.

que tú no tienes necesidad de mí, que nunca tienes necesidad de mí ni de nadie. Es en un tren que te imagino mejor, yéndote a cualquier parte, no importa dónde, siempre tan tranquilo y sin bagaje sin bagaje sentimental” (Op. cit.: 61).

En 1919, cuando se firmó el Tratado de Versailles la Asociación de la Prensa Parisina decidió enviar un mensaje de saludo y de votos por la paz a su correspondiente de Madrid. ¿Quién llevó ese ramo de olivo? Corpus Barga, por supuesto, esta vez acompañando por el aire de De Romanet, el famoso piloto francés. El biplano tenía una sola hélice, volaba sin brújula y los viajeros tenía todo el cuerpo al aire. El viaje fue accidentado y lleno de sustos. Sea como fuere, la misión fue un éxito. Corpus Barga y su amigo fueron recibidos como héroes en la capital española.

Fruto de esa experiencia Corpus Barga escribió varios artículos en *El Sol* y más tarde, con las variantes que los años aconsejan, en 1936 los reprodujo en *La Nación* de Buenos Aires.

Volar es un momento culminante en la biografía de Corpus Barga: el supo ver, como lo había hecho Leonardo siglos atrás, la importancia de volar. No era un inventor, pero sí un hombre práctico. El pasajero ideal para una aventura que se iniciaba, Corpus era un pájaro de alto vuelo que bisbiseaba el lenguaje de los cielos y que se expresaba a ratos en el lenguaje volandero de los hombres. La fragilidad de los aparatos en el aire era un símbolo de la existencia humana, la posibilidad antes inalcanzada de unir continentes en un día de vuelo le fascinaba a Corpus Barga. Donde había un aparato que iba a volar, ahí estaba Corpus como periodista principalmente, o en algunos casos, como pasajero. El viajero se jugaba la vida en cada viaje, como ahora también, pero con más ignorancia porque siempre pensamos que el peligro es algo que concierne a los otros. Volar es como andar por el aire, tener la sensación de libertad que no tenemos en el suelo firme donde estamos llenos de obligaciones. Como lo dijo a alguno de sus contertulios, la anécdota nos ha llegado a través de una versión oral de Carlos Milla, quien fue editor en el Perú

de la novela *La baraja de los desatinos*, Corpus Barga soñaba en que el hombre debía llegar a la luna, como en las novelas de Julio Verne. Vivió lo suficiente como para verlo. En 1935 Corpus estuvo en vuelo del autogiro de De la Cierva. Escribió entonces:

“Cuando las primeras pruebas de su autogiro en París, Cierva no era un Napoleón, sino un capitán Araña. El ensayo se hizo en el aeródromo desolado, que así eran todavía los aeródromos en Francia. Por la tarde, una tarde destemplada, plomiza, lluviosa, desanimadora, estuvimos ahí, enfangados y refugiados en nuestros impermeables, algunos militares, los técnicos franceses y cuatro periodistas. Solamente un español. Entonces en París no había periodistas españoles de derechas. De los otros, yo era el único hombre libre, feliz e independiente para saltarme con todo respeto a la torera el apellido de la Cierva y asistir al ensayo del autogiro con todo fervor. Tenía cierta obligación moral conmigo mismo. Era yo el único español que había hecho en avión el viaje París-Madrid. Me entusiasmaba la aviación por la aviación, sin ciencia ni práctica ninguna. Volar como andar: la quimera del hombre libre”. (Op. cit.:40)

Como lo recomienda Cavafis en sus más célebres versos, más importante que llegar es viajar. Y eso fue Corpus durante toda su vida, un viajero. Esa misma actitud tuvo en su escritura, la obra de un periodista es siempre inacabada, siempre perentoria, es el sueño de cada día. Por lo escrito en estos años podemos juzgar que Corpus Barga era un periodista sui generis. No era el reportero cotidiano que está detrás de la noticia. Solo buscaba las más importantes y entre ellas, las que lo tenían de alguna manera de protagonista. Algún tufillo de vanidad puede encontrar algún acucioso crítico en esta actitud, pero se trata de la presunción de un hombre cabal que está haciendo noticia, no la de un paleta zascandil ilusionado con los aviones.

Hacia 1920 Corpus empieza a escribir dos libros, de poemas, uno, *Ofrenda a Santiago*, y otro de narrativa, *La rosa de*

los cuentos. Como le ocurriría otras veces en su vida, estos trabajos fueron inacabados, ante la presión de emprender otros. Algunas muestras de estos escritos literarios vieron la luz en la revista *España*, en 1920 y en *La gaceta literaria* de 1927. París era una ciudad de sueños, Ahí Corpus conoció a Apollinaire, Cocteau, Modigliani, Rodin, Colette, Diego Rivera, Gide, Claudel, Madariaga. Entrevistó a Trotski, Hitler, Salmerón, Bergson, Goebbels, Maiacovski. Era frecuente verlo haciendo de cicerone con sus amigos españoles, Baroja, Valle Inclán, Azaña, Unamuno. Tal vez por una coincidencia afectiva, con quien más confraternizó fue con Pío Baroja, anarquista, solitario y aventurero como uno de sus personajes Zalacaín.

Hubo un momento en que Corpus Barga iba y venía entre París y Madrid. En su ciudad natal se había hecho amigo de Luis Buñuel y estuvo a punto de intervenir en *El perro andaluz*, pero sus obligaciones periodísticas se lo impidieron.

En 1930 publicó un libro de relatos que contenía *Pasión y muerte o Mary y los altos hornos y Apocalipsis*. Del último libro copiamos un fragmento:

“La noche era una correa sin fin.

Era la hora sin número, la hora misteriosa del amanecer, cuando nacen más niños, cuando mueren más agonizantes, cuando suben los condenados al patíbulo. Todos los condenados a muerte, todos los agonizantes tenían tiempo de morir en la noche sin fin y nunca acaba la noche para los no nacidos. (...). Todos los robos, todos los estupros, todos los crímenes nocturnos tenían tiempo de suceder en la hora sin medida.

Sucedían todos los accidentes. Los trenes no llegaban a su hora. Los buques encallaban. Los mares se retiraban, ofendidos de los marinos”. (Op. cit.: 44)

A esa descripción, llamaba Corpus Barga, “la hora mágica”. Como le ocurriría a lo largo de su vida varias veces, el tema volvió a su estro en 1931. Entonces escribió:

“Es la hora en que los astros, después de vacilar un punto, se hunden en su insondable carrera; es la hora en que el enfermo delira y el sano duerme; la hora en que nacen más niños y mueren más viejos, en que el amante se descuelga del balcón y el varo cuenta su oro; es la hora del que pone su vida a una carta, del que está desvelado por un problema, del que se comunica sin hilos con su Dios; es la hora en que la madre se levanta para ver si en la cuna se ha roto, como un muñeco de porcelana, el niño, y la hora en que el asesino se acerca con el brazo levantado a su víctima” (Op. cit.: 45).

Desde 1930 Corpus Barga trabajó para *La Nación* de Buenos Aires como responsable de su agencia en Berlín. Fue entonces que viajó en zeppelin; nadie mejor en el mundo hispano que él para esa aventura. Corpus atravesó el Atlántico y llegó a Pernanbuco y desde ahí hizo el viaje en hidroavión a Buenos Aires. Este es el momento culminante de la primera parte de la vida de Corpus Barga, su propia hora mágica. Ante la imposibilidad de usar la radio, acaparada por los responsables del dirigible metió sus despachos en un sobre y los dejó caer en un paracaídas sobre las islas de Cabo Verde, prometiendo una recompensa a quien hiciera llegar esa información a *La Nación* de Buenos Aires. Milagrosamente los artículos de Corpus Barga llegaron a su destino y fue recibido, una vez más como un héroe.

La guerra civil marcó a todos los españoles pensantes de aquellos años. Corpus Barga no fue la excepción. Era republicano hasta los huesos y decidió fijar su residencia en Madrid. Liberal en esencia, puso todo su entusiasmo en defender al pueblo español. Casi todos sus escritos conocidos de esos años llevan la marca de su amor por su patria. No hubo asunto de interés público sobre el que no se pronunciara. Tomaba partido siempre y se veía envuelto en polémicas, de las que siempre salía airoso. Era un hombre que tenía el corazón puesto en la causa de España y estaba insolublemente soldado con la verdad. En ese tiempo, en 1938, cuando Antonio Machado tuvo que emigrar de España, Corpus Barga lo ayudó a escoger el

poblado de Colliure como lugar de residencia, puesto que el poeta no deseaba ir a París, pues asociaba la ciudad luz, con la oscuridad de su propio sufrimiento en esas calles empedradas. Desmintió, aunque eso convenía a la leyenda, que Machado estuviera en situación de inopia absoluta en esa pequeña ciudad francesa.

¿Qué fue Lima a partir de 1948 para Corpus Barga? No hay que esconderlo, en cierto sentido fue un destierro, un alejamiento de lo que más amaba, el candente sol de Madrid, la hora de la tertulia, el ir y venir de la vida en los más perdidos andurriales de España, la conversación con sus pares en las redacciones de los diarios, mientras las máquinas bañaban de tinta fresca los diarios del día siguiente. Pero todo no fue tristeza en Lima. Tuvo entre nosotros la ocasión de ingresar a la Universidad Nacional Mayor de San Marcos, ser profesor primero, y luego director de su escuela de periodismo y colmarse del afecto de los estudiantes que hasta lo recuerdan con respeto y consideración como Román Robles, Javier Badillo Brahamon, Flora Saldaña. Fue en las aulas de San Marcos que conoció a Carlos Milla Batres, quien sería el editor en 1968 de la novela *La baraja de los desatinos*. Fue desde Lima que Corpus Barga volvió a tener relación con las editoriales españolas. Residía en el Perú cuando se publicaron los tres primeros tomos de sus memorias, en 1963, 1965 y 1968. Esos libros, el primero, *Mi familia. El mundo de mi infancia*; el segundo, *Puerilidades burguesas* y las delicias significaron una vuelta de Corpus Barga a la actualidad literaria española. Las memorias suelen considerarse "Literatura del yo", las de Corpus Barga son literatura del nosotros e incluyen, de manera palpitante detalles de la vida aristocrática, el mundo de los criados, las primeras experiencias sensuales, el bullicio de la calle, el rumor de las conversaciones en los cafés, los conflictos políticos, entre ellos el que provocó más tarde la guerra civil.

Se ha dicho numerosas veces que Corpus Barga estuvo solo en Lima. Es cierto que en Madrid o en París conversaba con más personas, pero aquí en Lima, lejos del aire de Madrid tuvo tiempo para pergeñar las obras que a la postre han redondeado su merecida

fama. En Lima trató a otras personas. Fueron amigos suyos, entre otros, Luis Alberto Sánchez, Washington Delgado, Manuel Jesús Orbegozo, Carlos Parra Morzán, Juan Gargurevich Regal. Uno de los testimonios más hermosos de su trabajo en la Universidad es el que ha dejado Flora Saldaña, urta discípula suya, quien escribió:

“Corpus Barga organizó la escuela de periodismo (...) nutrió a nuestra biblioteca, mayormente de su propio peculio de revistas y periódicos de vital importancia para la investigación periodística e histórica así las antiguas “Mundial”, “Variedades”, “Amauta”, “Las moradas”, “Prisma” “Revista de Lima”, etc. que están entre las mejores revistas peruanas, sin contar las recientes y periódicos extranjeros que traía semanalmente. Durante las clases nos hacía usar esos periódicos y revistas en ejercicios prácticos, alentándonos y pidiendo siempre nuestra intervención y crítica. Siempre le gustó lo justo y provechoso, por ello siempre nos sugería que escribiéramos como pensábamos y no imitando ciertos estilos y formas periodísticas”. (Op. cit.:74)

En la Facultad de Letras y Ciencias Humanas de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos tenemos algunos intelectuales emblemáticos que a lo largo del tiempo le han dado brillo y prestancia. Para hablar solo del siglo XX en literatura tenemos a Washington Delgado, Antonio Cornejo Polar, Pablo Guevara, en filosofía a Augusto Salazar Bondy, José Russo Delgado, en arte Manuel Beltróy, en bibliotecología Pedro Zulen, en lingüística Alberto Escobar, Alfredo Torero, Inés Pozzi Escot. A esos nombres apreciados, con todo el mérito intelectual añadimos el de Andrés Rafael Cayetano Corpus García de la Barga, Corpus Barga, penate nuestro, lar, periodista y escritor, mago de la lengua castellana.

Bibliografía

CORPUS BARGA. *La baraja de los desatinos*. Lima. Milla Batres, 1968.

——— *Contando sus pasos*. Valencia. Pre-textos, 1997.

——— *Fuegos fugitivos*. Lima, Fondo Editorial de la UNMSM, 2003.

——— *Los pasos contados*. Madrid, Visor, 2002.

——— *Viajes por Italia*. Sevilla, Renacimiento, 2003.